

Prólogo de Madrid por

Victor de la Serna



TENER mala prensa» en la jerga taurina y teatral quiere decir que se tiene mala suerte en la apreciación de los méritos por medio de la letra impresa. Madrid, en este orden, «tiene mala prensa». Hay ciudades que la tienen buena y universal: París, Viena, Roma, Río. Madrid, no: le pasa algo de cien años a esta parte. Algo que empieza a pasarle a ciudades españolas que por excepción tenían «buena prensa», como Sevilla, por ejemplo.

Hay dos maneras de tener «mala prensa» una ciudad. Una manera consiste en que se hable poco de ella, en que se hable mal de ella o en que no se hable de ella. La otra manera consiste en hablar de ella mucho pero interpretarla mal con buena intención: algo así como lo que hacen esas mamás besuconas y que interpretan la cándida belleza de su niña colocándole tantos perifollos que acaban por hacerla insoportable.

Madrid hace un siglo que padece ambos males juntos: ambas modalidades de «mala prensa».

En la literatura universal, en el arte universal, Madrid cruza muy de tarde en tarde como una estrella fugaz: una rara cita de Eça de Queiroz, una alusión de Henningway o de Montherlant «al revuelo de un capote» y siempre para usos pintorescos...

En la literatura nacional, fuera del falso Madrid del P. Coloma, del cochambroso Madrid de Galdós o de Baroja, del zarrapastroso de Solana, del ridículo Madrid mal traducido del francés por Zamacois y Vidal y Planas, desde que nuestra ciudad salió de las próceras manos de Cervantes, Lope y Tirso, apenas «ha tenido prensa». O la ha tenido mala a fuerza de querer tenerla buena. Porque sobre Madrid ha caído como la langosta, una nube de literatos ropavejeros que derraman ríos de lágrimas nostálgicas cada vez que desaparece un sucio café colillero para ser sustituido por una preciosa y brillante cafetería. Añoran las mulas de los «rippers», el «¡agua va!», los gigantescos buyes abulenses tirando de las carretas de retama por la Cibeles. ¡Y el perro *Paco!* Sobre todo el perro *Paco*, una especie de totem del Madrid «fin de siglo»; ese cargante chucho sobre cuya «inteligencia» parecen centrar la suya las plañideras literarias de «aquel Madrid». Sus supervivientes han olvidado, en cambio, la correspondencia entre Valera y Menéndez y Pelayo y consideran a cualquier tabernero concejal mucho más representativo de «la época» que a doña Emilia Pardo

Bazán, con su tertulia de la calle Ancha, o al marqués de Luca de Tena cargado de rotativas alemanas y de ideas revolucionarias en la técnica del periodismo.

Si nosotros mismos nos señalamos como meta literaria un Madrid «corte provincial», un Madrid balcánico con palacios como ascuas de oro, propios para escenario de una película «de época», rodeados de un mundo de aguadores, cesantes, abrecoches y familias cursis y macilentas paseando la acera «de las de Gómez»; si nosotros nos quedamos embobados únicamente ante el espejo nuboso—como los ojos de una anciana que fué bellísima—que preside la botillería de Lhardy o nos extasiamos únicamente ante la tabernita esa tan graciosa que el amigo especialista encuentra cada semana, seremos un poco como la mujer de Lot.

Yo amo el espejo de Lhardy, donde tantas veces se reflejaron la barba negra y partida de mi padre y su levita cortada por Cimarra y su chistera de Arias. Y he bendecido a Dios cuando supe que este recuerdo de un Madrid que fué ciudad moderna se salvaba de la demolición. Pero mi gozo no es porque se haya salvado «un viejo restaurante» sino porque se haya salvado un ejemplo de lo que en su tiempo fué uno de los más modernos y progresivos restaurantes de Europa. En su espejo yo no veo un viejo espejo sino el espejo más nuevo de su tiempo. En su servicio de metal blanco yo veo no una pieza de museo sino un instrumento de progreso que aun conserva «estilo» y rango.

Yo le he pedido a ese gran acuarelista Juan Esplandiú, que sabe interpretar como nadie a Madrid gran ciudad europea y que debía estar subvencionado por alguien solamente para eso, para seguir «dibujando Madrid», que me haga una acuarela del «hotel del Negro», donde vivió un Sultán destronado y cetrino que dió nombre a la casa. Y otra de la goyesca «quinta de Burguera», a la entrada de la Castellana. Pero estoy deseando que el Alcalde de Madrid le meta un petardo a tan estafalarios trastos que afean la entrada más moderna de la Corte y el mejor de sus paseos.

Frente a las plumas lloronas y nostálgicas de un Madrid castizo y «picante», yo opongo la piqueta y el «D. D. T.» En mi casa tengo un plano de Texeira y me parece grande Madrid para el siglo XVI. Y tengo el plano del Gran Madrid de Moreno Torres y de Prieto Moreno y de José María F. Ladreda: ¡y me parece chico para el siglo XX! Entiéndase bien que no

quiero que caiga nunca ese sacro recinto de los Felipes de Austria; por el contrario, lo cerraría con cadenas, lo tapizaría de jardines (¡y no de losas y de guijarros, señores y pestíferos casticistas!); lo daría de cera, lo puliría, lo mimaría como una pieza de vitrina; tendría todo un cuerpo de conservadores dedicados a cuidar de todas las paredes que se desmigán, de todos los canalones que se agujerean, de todos los cristales que se rompen, de todas las tejas que se caen, de todas las chimeneas que se desmoronan. Arrojaría de ese recinto a todos los mercaderes que simulan con escayola vigas de roble, pero cuidaría todas las vigas de roble de verdad y haría el Estatuto del viejo Madrid artesano y señor desde el que unos reyes pálidos, cruzados de Viena y Madrid, gobernaron el planeta. ¡El planeta!; que ya era tan grande como es ahora si es que el esfuerzo necesario para dominarle entonces con arcabuces y barcos de madera no lo hacían mucho mayor. De ese Madrid yo adoro lo que tenía de metrópoli; no lo que tiene de «rinconcito apacible», provincial y mono. Exalto en él no su silencio claustal sino el enorme fragor geológico que sonaba en sus entrañas grávidas de mundos. En ese Madrid no veo nada que me induzca a placidez. Veo mucho que me induce a la inquietud y a la ambición. Y lo traduzco al Madrid de hoy para soñar con un cordón de aeropuertos, con una estrella de autopistas, con una red de ferrocarriles subterráneos y de superficie. Me gustaría que España, que Madrid supiera trazar sobre su tierra una «Y» inmensa con el fuste apoyado en su corazón juvenil, potente, ambicioso, inquieto; y con los dos brazos, uno en dirección a El Escorial y otro en dirección al Valle de los Caídos. Sería una bonita manera de celebrar el centenario de Isabel.

Este número de *MUNDO HISPANICO* ofrece a los ojos de las veinte naciones, nuestras hermanas, no sólo el Madrid histórico, no sólo la nostalgia (si bien sea la nostalgia de lo bello y de lo vital), sino el Madrid Madrid, creciendo al ritmo de las criaturas jóvenes, cada año un poco, muy orgulloso de su estirpe, pero inconforme con ser un «fin de raza». Un Madrid sereno pero inquieto por dentro: enamorado de su futuro, descontento de su presente y orgulloso de su pasado. Un Madrid que ha reducido al puro esquema su Historia, limpiándola de polvo y telarañas y que está absorto ante el complejo inmenso de su porvenir. Hacia él marcha desde el día 1.º de abril de 1939, sin escuchar a las apollilladas sirenas casticistas.

